JORNADA MULTICOLOR

Mayor Circulación Sudamericana

Sección Magazine de JORNADA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sabado 30 Ene. 1932

SERA ESPANTOSA LA GUERRA FUTURA



COMO PUEDE ESTALLAR LA CONTIENDA

EUROPA ha cambiado de cara. Ocho nuevos Estados han aparecido, nuevas manchas de colores exóticos entre los grandes manchones que, según los casos, se han estrechado, reducido, o bien ensanchado notablemente...

Tres imperios han desaparecido: el Ruso, el Austro-Húngaro y el Alemán. ¿Cuánto tiempo durará esta demarcación, esta subdivisión antojadiza, causada más por los odios y rencores que por la lógica y la justicia?

Desde luego, a partir de 1919, las cosas han cambiado un tanto. Tenemos la anexión de Fiume por Italia, la atribución de una parte de la Alta Silesia a Polonia, la restitución a la vieja Turquía de algunos de los territorios que se le habían retirado.

Pequeñas pinceladas sobre la enmarañada carta. Intentonas que casi dejan barruntar la transformación completa y absoluta del viejo mapa europeo.

Una guerra europea, pese a todos los propósitos pacifistas y seudo pacifistas, es hoy más posible y probable que nunca, más aun que en 1914...

De los que ajustaron las condiciones de paz en Versalles se ha dicho que sólo se contentaron con hacer pasar la injusticia de un platillo de la balanza a otro.

Así, en 1914, casi tres millones de rumanos vivían bajo el yugo de los húngaros. En 1932, dos millones de húngaros viven, se lamentan y se revuelven bajo la dominación polaca.

Francia no podía olvidar la pérdida de Alsacia y Lorena. ¿Cómo podrán olvidar los alemanes la pérdida y las fortificaciones que entraña el famoso "corredor polaco", cuando sus ciudadanos, para pasar de una ciudad alemana a otra ciudad alemana, deben pasar por territorio considerado como extranjero?

Las heridas antiguas, en muchos casos casi cicatrizadas, han sido remediadas por los recientes tratados con otras medidas más frescas y desgarradoras.

"Los tratados no son intangibles", dicen en Alemania, en Italia, en Australia, en Bulgaria en Hungría.

¿Será posible que los diplomáticos, llamados un día por milagro de la sensatez, se decidan a borrar del mapa de Europa esas arbitrarias líneas punteadas que sólo por eufemismo llamamos fronteras?

Es posible...

Pero, lo que nos importa en particular es saber si una nueva disposición de esas manchas de color que antaño fueron el orgullo de los monarcas y hoy lo son de las cancillerías, costará aún, al viejo y resquebrajado continente, otros cuatro años de guerra, cientos de miles de hogares destruidos, millares de millones de gastos, más de diez millones de muertos y no menos de treinta millones de mutilados, viudas y huérfanos...

• • •

"NO habrá más guerra", aseguran los optimistas.

"La Liga de las Naciones, el tratado de Locarno, el pacto Kellogg, garantizan la paz.

"Si ciertas naciones — agregan, — anhelan rectificaciones de fronteras y reparaciones de injusticias, sólo es por medios pacíficos, sin guerra.

"La aproximación francoalemana es la mejor prueba de este espíritu pacifista".

Hay, pues, en favor de la paz, dos argumentos distintos: la opinión pública quiere la paz; los pactos y los tratados hacen imposible una guerra.

El segundo es una falsedad. Los partidos más fervientes de la llamada "política pacifista" se lamentan, precisamente, de que esos tratados internacionales no sean en el presente suficientes para impedir una guerra.

En cuanto al primer argumento, es excelente, siempre que la opinión pública, en cada país, exija el mantenimiento de la paz, la paz será mantenida.

Ningún gobierno será capaz de lanzar la orden de movilización general, si no existe en su país un estado de excitación pública que haga aceptable la movilización. Pero, precisamente, estos estados de excitación y efervescencia popular se crean rápida y fácilmente. Las multitudes tienen sus crisis nerviosas y de ello, día a día, tenemos la prueba. En todos los tiempos y en todos los lugares, los pánicos, los ataques, los linchamientos, los ultrajes a las banderas y asaltos a los consulados y legaciones se producen súbitamente, como los ataques epilépticos, sin razones aparentes...

"¡Al fuego las brujas!"; "¡Muera Dreyfus!"; "¡Abajo los judíos!"; "¡Mueran los cristianos!"; "¡A Berlín! ¡A Berlín!"; "¡Nach París! ¡A París!.

Todos estos clamores se parecen: son manifestaciones que los psicólogos llaman el delirio colectivo, el delirio por influencia.

¿Estos movimientos de la opinión pública, o mejor, estos ataques de locura colectiva, pueden producirse en Europa en los actuales momentos?

De la respuesta a esta inquitante pregunta depende la paz del mundo entero.

Y lo lamentable, lo terrible, lo espantoso, es que uno tiene que confesar que sí, que semejante estallido puede producirse de un momento a otro.

Ilustró PREMIANI

(Continúa en la pág. 2)



Cómo se Organiza la Guerra Química

EN la conferencia pacifista de La Haya, en 1899, las potencias llamadas civilizadas, de común acuerdo, prohibieron el empleo de gases asfixiantes y tóxicos.

La guerra europea nos demostró la inutilidad de este tratado. No obstante, con esa ingenuidad que parece ser la característica de los diplomáticos cuando se trata de estas cosas, en el Tratado de Versailles del 28 de junio de 1919, en el Tratado de Wáshington del 6 de febrero de 1922 y en el Protocolo de Ginebra del 17 de 1925, volvióse a condenar la guerra química y bacteriológica.

Trágico bromazo. La guerra futura será química. Los fabricantes de gases los ofrecen a los ejércitos y a las policías. Ya existen técnicos especializados y capacitados para adiestrar a la tropa y a los agentes.

Contra los gases están las máscaras. La protección consiste en caretas embebidas de substancias neutralizantes, tales como la solución de sosa, el hipofosfito de sosa. ¿Las máscaras? No será posible improvisarlas en cuanto se declare la guerra. Es menester fabricarlas, ensayarlas, verificarlas. Desde luego, no se trata de enseñar a colocársela a cada soldado, a cada ciudadano. Habrá que enseñarles a respirar normalmente, sacar de ellas el máximo beneficio posible. Pero, lo que nadie puede predecir es si las máscaras existentes serán impermeables a todos los gases, a los gases que cada país guarda en el misterio hasta el momento de emplearlos. Cada innovación crea un medio defensivo distinto.

Anotemos al pasar que el caucho de las máscaras se endurece con el tiempo, llenándose de grietas. En una atmósfera clorada, sólo media hora basta para destruirlo. No olvidemos que el hombre, término medio, absorbe ocho litros de aire por minuto...

Para poner los cuerpos a cubierto, para preservar del efecto de los gases a las partes vitales, para anular los peligros de la terrible "yperita", se han previsto tejidos especiales, botas de caucho, suelas de madera, todo lo imaginable, hasta transformar a los hombres en fantásticos muñecos.

En enero de 1929, en Franckfort, se reunieron los técnicos ilusos que pensaban hacer algo para la eliminación de la guerra química. Los gobiernos europeos poco tuvieron en cuenta sus decisiones. Convencidos de que los nuevos métodos de guerra suprimen toda posibilidad de asegurar a los pueblos contra la guerra química y la lucha armamentista, hicieron las siguientes recomendaciones:

1o.: Instruir a las poblaciones sobre los peligros que entrañará para el futuro un género de guerra como el que implantarán los químicos.

Aconsejarles que no crean en ninguna de las posibilidades de protección segura.

Terminemos diciendo que, en la actualidad, los gases en estudio llegan a la cantidad de setecientos. La civilización terminará bajo los gases y de ellos no nos salvaremos ni beligerantes ni neutrales, ni culpables ni inocentes.

LOS GASES

Desde 1914 a 1918 la guerra química fué verdaderamente atroz. La humanidad no se la sospechaba. El conflicto futuro será un duelo electro-aéreo-químico.

Examinemos las posibilidades químicas del presente, pasando rápida revista a los mortales recursos que la química ha entregado a los militares para luchar a oscuras, desde lejos, arteramente, causando la muerte y la destrucción a ciegas.

LOS GRANDES TOXICOS

El ácido cianhídrico, el cloruro de cianógeno, el bromuro, el ioduro de cianógeno. En dosis químicas provocan vértigos; en dosis ligeras, la muerte.

LOS SOFOCANTES

Concentrado al 1|200.000, el cloro es respirable durante una hora; al 1|100.000, trastorna las vías respiratorias y el hombre muere por edema sobreagudo del pulmón. El bromuro ataca los bronquios y la vista.

El fósgeno, que se revela por un perfume semejante al chocolate, es disimulado, sin dejar ninguna afección aparente, pero con efectos posteriores terribles y mortales. Si una bomba conteniendo 500 kilogramos de fósgeno cayera sobre una calle, según el coronel Bloch, se formaría una nube cuyo volumen final teórico, cuando el gas se haya diluído al 1|1|000, cubrirá 100.000 metros cúbicos.

LOS LACRIMOGENOS

El bromuro de benzil, al 1|300.000, produce un efecto intenso en los ojos, ocasionando un dolor que aumenta con las lágrimas. Al 1|50.000 queda abolida toda visión. La bromocetona al 1|10.000 es escasamente soportable por espacio de uno o dos minutos. La metiletilcetona, en altas concentraciones, es mortal.

LOS VASICANTES

La "yperita" apareció en el frente Nieuport-Ypres el 22 de julio de 1917. Es un líquido vitriolador cuyo olor a mostaza es característico; su penetración es profunda en las mucosas y atraviesa fácilmente los tejidos de lana y de algodón. Sus vapores atacan particularmente las partes sexuales. Sobre la piel provoca el eritema. Sus quemaduras ocasionan, no sólo mortificación con los tejidos, sino heridas. En los ojos, el efecto inmediato es la conjuntivitis. En las vías respiratorias, la faringitis y la laringitis. El sol vaporiza el líquido, la lluvia lo disuelve. En una palabra, la "yperita", roe, carcome el organismo humano. Agonía diabólica durante la cual los pulmones sangran gota a gota. El sulfato de metilo, al ácido clorosulfúrico producen graves quemaduras.

LOS ESTORNUTATORIOS

Aparecieron en un comienzo de las hostilidades; en el presente sólo los utilizan las policías para disolver manifestaciones. El más conocido es el etildicloroarsina.

OTROS GASES MAS

Está el anhidrio sulfúrico que es al mismo tiempo un fumígeno y un sofocante. El tetracloruro de estaño, que ataca la vista. Además, el fósforo rojo y el arsénico.

EN LOS EE. UU.

Existe en los EE. UU. el "American Chemical Warfare Service", dirigido por un brigadier general que tiene a su servicio un centenar de oficiales y un cuerpo de mil quinientos hombres. En los arsenales de Edgewood hay una escuela de química. Los gastos totales en este renglón alcanzan a treinta y cinco millones de dólares. Hay un regimiento del gas, además de varios institutos para su estudio y aplicación. Un dato ilustrativo: en 1918, los americanos fabricaron diariamente 15 toneladas de fósgeno, 15 de cloro y 25 de la terrible "yperita".

EN INGLATERRA

Hay dos comités científicos consultivos. En 1916 se organizó la brigada armada de los mortales "stocks". Al año siguiente se organizó el "departamento para la guerra química", cuyo presupuesto anual en el presente es de 180.000 libras esterlinas.

EN BELGICA

Durante la guerra, los laboratorios funcionaron en Calais. Después se creó la Alta Comisión para la movilización industrial, que no es sino un departamento encargado de preparar la guerra química. La organización belga ha sido copiada de la norteamericana.

ITALIA

En junio de 1925 se creó la Comisión Suprema de Defensa, servicio que comprende dos secciones, la militar y la civil. Hay compañías adiestradas en el uso de los gases que son las que luego se distribuirán en todos los cuerpos de ejército.

FRANCIA

Eliminada la competencia de las fábricas alemanas de antes de la guerra, en Francia los importantes establecimientos instalados en Saint-Denis producen fabulosas cantidades de fósgeno, cloro, picrina, barita, bertolita, etc. Hablar de la importancia que en Francia se ha dado a estos servicios, resulta una redundancia. Entre este país y Alemania se ha entablado una desesperada competencia, pese a los tratados y la manifiesta buena voluntad de algunos hombres de gobierno. Las experiencias de la pasada guerra han sido muchas y, desgraciadamente, en el futuro, si hay una nación sorprendida, no sería ni Francia ni Alemania. Cualquier conflicto armado, en lo que a material químico se refiere, a ambas las encontraría en lo que podemos llamar pie de guerra.

ALEMANIA

En 1914, en Alemania se inauguró la primera escuela militar del gas, trabajándose con el óxido de cacodilo y el fósgeno. Los químicos prestaron a los militares el más decidido concurso. Los recursos industriales en este sentido son infinitos. En 1918, después de la guerra, ya se producía el cincuenta por ciento del nitrógeno mundial. En la guerra, el 80 por ciento de los proyectiles estaban cargados con gases nocivos. Hace dos años se instaló una fábrica con capacidad para tres millones de metros cúbicos de nitrógeno. El personal empleado en los establecimientos químicos, todos ellos en condiciones de suministrar cuanto necesiten los ejércitos, llega a unos doscientos mil hombres.

RUSIA SOVIETICA

Desde el punto de vista industrial, diremos que hay 280 usinas de productos químicos con una producción de treinta y siete millones de kilogramos. Desde el punto de vista militar, el gas está organizado en batallones técnicos. La "Osoaviachin" es una corporación encargada de todo cuanto atañe a la guerra aérea y química, estando vinculada directamente con el ejército rojo. Sus miembros llegan a la cantidad de cinco millones y el presupuesto es de diez millones de rublos.

La Primera Noche en París

UN mes hacía que los peores rumores circulaban. Habían sido llamadas varias clases, y las tropas estaban concentradas en las fronteras del Este y de los Alpes. Se había puesto en vigor todo un sistema preventivo contra los bombardeos aéreos. Esto llegó a infundir cierto ánimo a la población.

Aquella noche el cielo aparecía tachonado de estrellas. El día había sido caluroso y la gente tomaba el aire en las terrazas de los cafés y en los paseos públicos. Las noticias alarmantes comenzaban a ser olvidadas o relegadas a un casi olvido. Las mujeres parecían más tentadoras, y las dulzuras de la vida, malgrado algunos escritos pesimistas, retornaban al espíritu de los parisienses.

Regresé a mi hogar, y, a poco de entrar en el lecho, quedé profundamente dormido.

No llevaría una hora reposando, cuando fuí despertado por unos estampidos lejanos. ¿Bombardeo? ¿Ataque de aviones?

Un segundo estampido me trajo a la realidad. Esta vez algo había estallado muy cerca. Ruido de cristales. Voces. Gritos desesperados, y, luego, lúgubres, persistentes, las sirenas de alarma.

Salté a la ventana. Un murmullo inconfundible parecía llegar desde lo alto. Dos, tres, cuatro tajos de luz lechosa, recorrían el cielo y se perdían en el horizonte. Buscaron por espacio de algunos minutos; luego, juntamente, como garras, enmarcaron una escuadrilla de aviones que avanzaba.

Los estallidos aumentaron. El cielo tornóse más luminoso, a la vez que se hacía casi impercebtible el destello de los grandes faros. Comencé a percibir, claro, indistinto, el repiqueteo de los 75. Todo el mundo estaba en las ventanas y los balcones. Una mujer enloquecida corría por la calle; pero, en aquel instante, fueron apagadas las luces eléctricas, y se perdió en las sombras. Las iglesias echaban las campnas a vuelo. Pasaron patrullas de policía en bicicleta, ordenando, pidiendo a gritos, que fueran extinguidas todas las luces.

Me vestí a toda prisa, y, a ciegas, decidí salir a la calle. En cuanto abrí la puerta, un grito perforó mis oídos:

—¡El gas!

Vuelvo por mi máscara. Me la pongo a medias, dejando aún el rostro en descubierto. El portero, en camisón, pedía a todos los inquilinos que bajaran al sótano.

—¡Al sótano! ¡Al sótano! — gritaba casi implorando.

—Morirán todos aplastados si allí se meten — le dije.

Entonces me cerró la puerta de calle en las espaldas, gritándome:

—¡Derrotista!

Recordé claramente todos los consejos que se nos habían dado hacía ya quince años. Caminar lentamente, respirar con regularidad... Comenzaba la vida peligrosa... Lo principal era llegar hasta el garage y retirar mi coche. Una vez que lo tuviera...

Pero, ya en la vereda, me percaté de que, en aquella noche terrible, era el único ser humano que caminaba tranquilamente. Todo era prisa y atropellamiento en torno. Otra patrulla policial gritaba: — ¡Gas!

Cierto olor inconfundible me hizo colocar definitivamente la máscara. Eché a andar casi automáticamente, sin hablar y sin escuchar nada, en medio de la bruma formada por la mica de la máscara y la niebla que comenzaba a caer sobre las calles. Los autos pasaban a toda velocidad. Tres choques conté en una sola cuadra. La gente gesticulaba, anhelante, ahogándose. La niebla se espesaba cada vez más. Hombres y mujeres caían por el suelo retorciéndose, las manos en los rostros y en las gargantas. Los pechos aparecían al descubierto en un afán de recoger un poco de aire respirable...

Llegué al garage. Saqué mi coche, y, herméticamente cerradas las ventanas, sin desprenderme de la máscara, eché a andar hacia donde corrían todos los otros. Las calles parecían desiertas. Todas las casas a obscuras. En algunas esquinas, grupos de agentes provistos de las máscaras.

Las explosiones se hacían cada vez más próximas. Comencé a avanzar con lentitud, pues la obscuridad era cada vez mayor. Tropecé con algunos obstáculos que no pude precisar si eran cuerpos muertos... Mis faros no alcanzaban a iluminar el camino. Los choques de vehículos eran incontables. En las puertas del "Metro" se amontonaban los cadáveres.

Traspuestos los bulevares, alcancé a ver unos ladrones que violentaban las puertas de un negocio. Tiros, gritos y sombras que corriendo se perdían en la noche impenetrable.

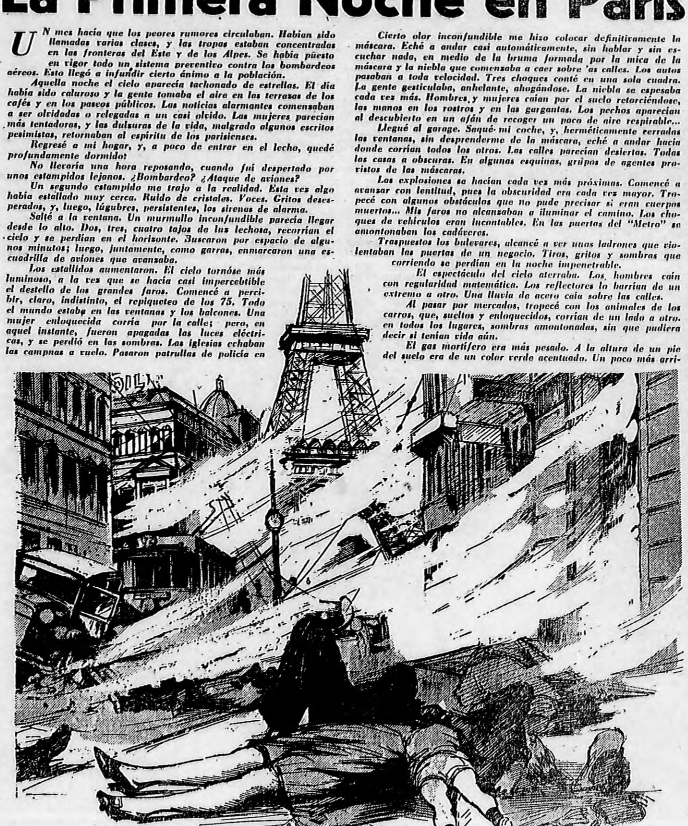
El espectáculo del cielo aterraba. Los hombres caín con regularidad matemática. Los reflectores lo barrían de un extremo a otro. Una lluvia de acero caía sobre las calles.

Al pasar por mercados, tropecé con los animales de los carros, que, sueltos y enloquecidos, corrían de un lado a otro. en todos los lugares, sombras amontonadas, sin que pudiera decir si tenían vida aún.

El gas mortífero era más pesado. A la altura de un pie del suelo era de un color verde acentuado. Un poco más arriba se tornaba amarillento. El estallido de las bombas lo desparramaba a más de cien metros por el aire. Luego caía lentamente. La vida parecía haber huído de los primeros pisos de todas las casas. La gente, en los altos, en las azoteas, tosía y se lamentaba, pero no perecía como los que, al nivel de la calzada, habían sido sorprendidos sin las máscaras.

La Torre Eiffel, que era un racimo humano, fué alcanzada por cinco obuses consecutivos. Voló por los aires. Sembró miles de incendios y derrumbamientos. La catástrofe, contemplada desde lejos, enloquecía a las infelices gentes que aun quedaban con vida.

En el breve término de dos horas, la capital de Francia quedó reducida a escombros. Sólo se salvaron unos millares de habitantes, los únicos que, más por curiosidad que por espíritu de precaución, conservaron las viejas máscaras usadas en aquella guerra del año 1914, prólogo anunciador de esta otra que ha terminado con la civilización.



(Continuación de la pág. anterior)

LOS desocupados en Europa, en estos momentos, pasan de diez millones. Decidles que el capitalismo es el responsable de sus miserias y los convertiréis en comunistas. Decidles que el extranjero es el culpable de su pobreza y los habréis convertido en hitleristas o en fascistas.

Alemania e Italia, la una despojada y la otra casi desprovista de colonias, están desventajosamente colocadas con respecto a Inglaterra y Francia; primer "leit motiv" de las campañas nacionalistas.

Pasemos al segundo "leit motiv". Los tratados no han enriquecido a Italia, que era pobre antes de la guerra. Por otra parte, han despojado en grado sumo a Alemania, que era rica. En efecto, a la vez que se le despojaba del 11 o|o de su población, se le arrancó el 27 o|o de su producción hullera, el 35 o|o de su acero, el 43 o|o de su metalurgia y nada menos que el 80 o|o de su hierro.

La cuenca silesiana, que se le ha dejado por el tratado arbitrario de las fronteras, es imposible explotarla en forma racional. La Prusia Oriental, aislada del resto de Alemania por el corredor polaco, desde el punto de vista económico, languidece en forma alarmante.

Viena, capital sin provincias, agoniza sobre sí misma. Las antiguas relaciones comerciales existentes en el interior de Austria-Hungría están obstaculizadas por las fronteras aduaneras de Hungría, Yugoeslavia, Rumania y Checoeslovaquia.

En una palabra, no cuesta mucho encontrar la causa de los actuales trastornos económicos de Europa entera en los tratados de paz. Un tal razonamiento, sólo es justo en parte. Pero, tiene la ventaja de ser simple y de echar las culpas sobre otro. No sólo está sustentado por la prensa chauvinista, sino por la misma moderada.

De esta manera, la miseria de los desocupados de Alemania, de Italia, de Austria, se torna en beneficio de los agitadores internacionales.

• • •

EMPERO, aparentemente, el pacifismo ha sido la tendencia de los grandes capitalistas.

Importantes convenios internacionales se han efectuado para evitar la baja de los precios, provocada por una producción excesiva y desordenada. Citemos, al pasar, los convenios del acero, del estaño, de la potasa, del hierro... Los capitalistas, comprometidos en esos convenios, tienen el mayor interés en las buenas relaciones políticas. Allí la razón de sus presupuestos de publicidad destinados nada más que a sostener las campañas e iniciaetivas pacifistas.

Mas ha ocurrido que la crisis económica mundial, que se manifiesta por la caída de los precios, por la baja de los valores, por el entorpecimiento de los cambios, ha provocado, desde hace poco más de un año, la ruptura de estos convenios.

Sucede que, al llegar este momento crítico, ninguno de los antiguos asociados tiene más interés en sostener la buena entente política entre los diferentes países; y, muy al contrario, procura hacer intervenir a su respectivo gobierno en su favor, contra la competencia extranjera.

He aquí que la atmósfera de paz queda turbada. Ningún pueblo quiere la guerra.

Jamás los hombres, de por sí, han querido la guerra. Es preciso que alguien la imponga. Es menester que se crean atacados. Nada es más fácil.

Las excitaciones nacionalistas de que hablábamos más arriba, inquietan en el extranjero. Temerosos de su seguridad, los vecinos toman sus precauciones. Las precauciones tomadas por Francia en estos últimos meses son impresionantes. Entre ellas y sus aliadas, Polonia, Yugoeslavia, Checoeslovaquia, Rumania y Bélgica, mantienen sobre las armas un millón y medio de soldados. Ese millón y medio de fusiles, que a los franceses les parece una garantía de seguridad, del otro lado del Rhin y de los Alpes, necesariamente se consideran como una amenaza de guerra.

Los diecinueve billones de francos gastados en el presente en la defensa de Francia aparecen como una exorbitancia comparados con el millón y medio anterior a la guerra. Aunque se argumente que el franco ha bajado notablemente desde entonces, hay que confesar que estos gastos militares han sido triplicados.

En el caso de Alemania, desarmada por el tratado de Versailles, no es una novedad que los armamentos constituyen una cosa ilegal y clandestina, que los torna más alarmantes aún.

• • •

LA tensión nerviosa es evidente. Bastará una insignificancia, el más mínimo choque, para poner en movimiento toda una cadena de consecuencias, en uno de cuyos extremos está el "incidente diplomático" sin transcendencia y, en el otro, la guerra inminente.

Pongamos nada más que un ejemplo. Sabido es que para ir de Alemania a la Prusia Oriental los soldados alemanes pasan por territorio polaco, es decir, por el famoso corredor. En muchas oportunidades esto ha dado lugar a incidentes. Los nacionalistas polacos insultan y vejan a los soldados alemanes. Los alemanes responden. Pequeñas disputas que no han pasado a hechos. Pero éstos pueden llegar a producirse. Supongamos que un día se producen. Hay muertes. La noticia se propaga, desde luego, aumentada y deformada. Sin más trámites, las poblaciones de uno y otro lado se entregan a las represalias. Por un lado se asegura que el polaco indefenso ha sido masacrado por los alemanes. Por el otro son unas mujeres alemanas que han sido ultrajadas y heridas por los polacos. Tiros de un lado y tiros del otro. De incidente inesperado la cosa se transforma en agresión premeditada. Horas más tarde, las hordas hitlerianas y pilsudskistas atraviesan las fronteras. El estado de guerra se ha creado.

Cada uno de los gobiernos comienza a sacar a luz documentos en los cuales se demuestra en forma palmaria que el enemigo es el que ha iniciado la ofensiva. Los diplomáticos todavía declaran que "se tomarán todas las medidas para evitar un choque, pero como la belicosidad es evidente en la frontera enemiga, se hace imperiosa la adopción de medidas militares, para prevenir cualquier cosa"... A su vez, cada uno de los estados mayores insiste en una inmediata movilización. "Estamos ya en retardo, comparados con el enemigo, — aseguran los generales. No decidirse en el momento equivale a dejar al país librado al peligro de una invasión".

Además, cada precaución tomada por el vecino, del otro lado de las fronteras, se considera no ya como una amenaza, sino como un ataque.

Concentraciones de tropas, de reservistas, no sólo en los países abocados al conflicto sino en otros vecinos. Precauciones, dictadas por la experiencia... según los expertos militares, encantados de ver, por fin, la oportunidad de poner en práctica sus complicados mecanismos, justificados sus ocios en los días de paz.

• • •

Y la Liga de las Naciones?

El embajador de Francia en Varsovia (recordemos que esto no es más que un ejemplo, una suposición), inmediatamente recomienda el recurso de la Liga. Polonia acude, pues, a la Liga. Reunido urgentemente, el consejo se dedica al examen de los informes pasados por Alemania y Polonia. Los hechos alegados difieren completamente. En tales condiciones, ninguna determinación es posible. Es preciso constituir una comisión investigadora. Mientras, el consejo se dedica a recomendar la calma y la suspensión de las hostilidades, en el caso de que éstas se hubieran iniciado.

Pero los choques han tenido lugar entre irregulares polacos y alemanes. Es aquí donde aparece el peligro sin igual que constituyen esas asociaciones mitad políticas y mitad militares, que se han modelado de acuerdo con el grotesco y peligroso fascismo. Las tropas habrán intervenido para proteger a los connacionales. La guerra habrá comenzado, sin declaración de ninguna especie. Según los estados mayores, sólo se habrá tratado de no perder tiempo, de evitar complicaciones mayores. Los gobiernos, las can-

(Continúa en la página siguiente)



EL CINE DE DIBUJOS ANIMADOS



BLAS O EL CONEJO CAZADOR

NOSOTROS — el público español — lo conocemos por Blás. Lo dijo la casa presentadora, la Universal — y no él, de la serie yanqui "Oswald Cartoons", de Walt Disney — y punto redondo. Y como punto redondo lo es, por lo grueso y bajito. Es casi una bola. Muy simpático, muy festivo y muy viajero.

Del Polo Norte se traslada a los Trópicos, y de Australia a Siberia, y del Congo al Canadá. Blas se ha recorrido la tierra de extremo a extremo; y no una ni dos ni tres... sino muchas veces. Para él, las distancias carecen de importancia. En un santiamén — mágicamente — se planta donde desea; sin consultárselo a nadie; ¡es libre, independiente!; y sin sacar boleto, sin preocuparse por la hora de la salida del expreso, del transatlántico o del avión. Le basta con la voluntad y el poder de su dibujante para efectuar las más audaces expediciones y para acometer las mayores y más arriesgadas aventuras.

El progenitor de Blas es — seguramente — un mal cazador: tiene pésima puntería; y persuadido de que nunca ganará ningún campeonato de tiro, hizo de Blas — un conejo — un estupefaciente cazador. Blas o el conejo cazador. La ocurrencia es feliz, máxime porque Blas no caza conejos, no persigue ni se ensaña en semejantes suyos — como nosotros — sino que dispara contra los cazadores.

No siempre se halla de buen humor. A ratos lo pierde, y se molesta, y se desespera y se irrita: particularmente cuando pesca.



Pues como pescador de caña y de red — de río y de mar — Blas es una calamidad. (Su dibujante, indiscutiblemente, es un pescador de suerte).

En cierta película le dió por ponerse a pescar, y, después de un sin fin de amarguras — en que hasta las lombrices y el anzuelo se le burlaban — por poco lo pesca a él un pez grandísimo.

MUTT Y JEFF

MUTT y JEFF no son dos muñecos, dos monigotes, sino dos hombres, dos seres de excepción. Ambos son inseparables. No se comprende a Mutt sin Jeff ni a Jeff sin Mutt. Nunca se les ve solos. Siempre realizan, asociados, sus correrías y proezas.

Mutt es larguilucho, fino, delgadísimo, con una nariz fenomenal y con unas púas por bigote. Y Jeff es rechoncho, ordinario tan calvo que su cabeza es un erial, pero con una hermosa y orgullosa barba, que, si le diese por crecer, le cubriría por completo.

Al público le son igual de familiares sus gestos que los de los actores de carne y hueso. Y ellos, sin conceder importancia a su papel de iniciadores de la supremacía yanqui en los films de di-



bujos, se cansan de batir records. Automovilistas, motoristas, nadadores, boxeadores, futbolistas, tenistas... Todo lo son; y con un gran provecho, pues raramente dejan de ganar premio o de llevarse alguna recompensa extraoficial.

Cuando nada les queda por ser ni por hacer — a sus ciento y pico de películas — abandonan su actuación; y se pierden en la vulgaridad de la masa, que asiste indiferente y sufridamente — sin rebeldías ni ambiciones — al desarrollo monótono y aburrido de su existencia.

Confusas y dudosas noticias recogen el rumor — no comprobado ni tampoco rectificado — de la boda de Mutt con una neoyorquina regordeta y burda, y de la muerte en Chicago del ex campeón en todos los deportes, Jeff, bajo las ruedas de un tranvía.

FRANCIA, — madre de los Lumière, los padres del cinematógrafo, — reclama para sí el honor de la invención de los films de dibujos animados. Suyas son las primeras películas de ésta clase que se proyectan en las paredes de todas las casas donde hay niños.

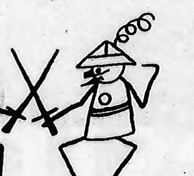
ENTRE LOS NIÑOS

LAS primeras películas de dibujos animados no pasaban de los tres metros. Pero como se proyectaban con aparatos de juguete, para que resultasen todo lo largas que se quisiese, se unían los extremos y, transformadas en cintas sin fin — y a veces sin comienzo y siempre sin pies ni cabeza, — duraban lo que la paciencia de los espectadores aguantaba.

Y relegado el género al plano intranscendente de los cines infantiles, le cuesta su trabajo elevarse de categoría y trasladarse a las salas públicas. No sin sacrificio de modestos dibujantes — cuyos nombres desaparecieron juntamente con su obra, — lo alcanza. Es Emilio Cohl el encargado de verificarlo.

ASCIENDE EL FILM

UNA casualidad relaciona a Cohl con el cinema. Cohl cree encontrar en un film de la Gaumont demasiadas semejansa con una historieta suya humorística, publicada en una revista ilustrada. Y se presenta en la popular casa a protestar. Habla con León Gaumont. Exige que se le indemnice. Gaumont le calma. Se le pagará lo que desee. Y, para mejor contentarle, le pide escenarios originales, que se le pagarán a su entrega. Cohl acepta. E insensiblemente el cinema le aprisiona.



DEL PRIMER FILM

HE aquí los dos personajes del primer film de dibujos animados hecho por el francés Emilio Cohl, inventor del género. El film se titulaba "Fantasmagoria" y su contenido reducíase al grotesco desafío de dos personajes con gorros de papel, como se ven en esta escena.

Y al año aproximadamente — 1908 — de su permanencia en la Gaumont, y tras un aprendizaje a conciencia y una labor de inspirador de trucos y situaciones de interés, equiparable a la de George Melies, Emilio Cohl da su primera tanda de dibujos animados, rotulada: "Fantasmagoria", el desafío de dos personajes de gorros de papel y espadas de madera, trazados burda e infantilmente.

CUNDE EL FILM DE DIBUJOS

YA es Emilio Cohl una notoriedad cinética. Se le considera como el creador de los films de dibujos. Las mejores editoras — Gaumont, Pathé, Eclipse, Eclair... — se lo disputan. Y, al amparo de su prestigio se fundan: "Eclair Journal" — noticiario de actualidades en el que halla propicia expansión su vena caricaturesca, — y "Publi-Cine" que, como indica su nombre, es un sistema de propaganda de anuncio práctico, mediante el film y el dibujo, o por el film de dibujos animados, dicho con más exactitud.

Si en pleno ejercicio de su profesión le rodeaba ya un crecido y creciente grupo de admiradores y respetuosos discípulos — coadyuvadores suyos, en parte de su faena, — era lógico que éstos cubriesen su vacante, que aprovechasen sus lecciones, las enseñanzas recibidas del maestro, para llevar adelante su obra y que la superasen.

DISTINTAS ESCUELAS

EL cultivo del film de dibujos animados hizo surgir diferentes escuelas, la primera, naturalmente, la francesa, por ser del país en que se habían inventado. Francia tuvo en seguida artistas tan capaces para esta clase de films como Lortac, Rabier, O'Galop, Monnier, Rigal, Cheval, Landelle, Poulbot.

También en Alemania cundió el género, lográndose allí el perfeccionamiento de los films de muñecos, inventados por Starewich, un ruso emigrado. Los italianos ensayaron el nuevo film, pero con poca fortuna, lo mismo que los españoles.

Quienes condujeron el género al grado de adelanto que hoy ofrece son los norteamericanos. Una pléyade de dibujantes yanquis, a cual más ingenioso, mejor dibujante y más conocedor de los secretos del cinema, se entregaron a producir nuevos films de dibujos animados y lograron maravillas. Los nombres de Sullivan, McManus, McCay, Fleischer y otros, son conocidos por todos los aficionados.

DIBUJOS SONOROS

LA música — año 1929 — se alía con los dibujos animados; y de esta unión nacen películas admirables. Admirables en el doble aspecto: en el de realización artística y en el de sincronización. Y si el público aplaude el adelanto de ver y oír a un tiempo a los personajes, desde el primer momento muestra — y concede — su simpatía a la novedad del dibujo animado sonoro y, en ocasiones, hablado.

Pero el último avance — año 1929 — es portentoso. El film de dibujos, con la sonoridad, se reforma, toma rumbos distintos. En la serie "Melodías" — "Ye Olde Melodies", — entra francamente en el terreno musical. Sus protagonistas son las diferentes notas: do, re, mi, fa, sol, la si. Y a su alrededor giran los personajes.

FIGURAS CELEBRES

SE han creado en estos films algunos personajes que pronto se difundieron. Son personajes humanos y animales. De los humanos, los más conocidos son los franceses Profesor Mecánicas, el Pequeño Totó, Toby y Mistouffle, de Lortac; y los americanos Mutt y Jeff, de un tal Fisher, y Koké y Fido, de Fleischer.

De los animaluchos, el que se impuso inmediatamente, fué el ya celebérrimo Gato Félix o Félix el Gato, del dibujante americano Pat Sullivan. Le siguen en notoriedad el Ratón Mickey (el ratoncito Pérez, en español), de Ub Iweeks, también americano, y el Conejo Cazador Blas, de Walt Disney, americano asimismo.

COMO SE FABRICAN ESTOS FILMS

VICENTE Vera, en "La fotografía y el cinematógrafo", coincide con el francés Coustet, en la exposición del procedimiento que se emplea. Y, al adentrarse en su descripción, escribe Vera:

"Un artista marca primero un punto negro sobre una hoja de papel; de este punto hace arrancar después un trazo muy pequeño y luego, sucesivamente, otros y otros, hasta que de todos ellos resulta el dibujo cómico de una persona, de un animal, etc. y este dibujo, en la pantalla, gesticula, salta, corre, ya solo, ya con otros aparecidos de la misma manera.

"La película que muestra estas escenas fantásticas se impresiona tomando imagen por imagen a cada vuelta de manivela; y el artista, en cada intermedio, se aproxima y hace un añadido ligerísimo al dibujo, hasta que éste queda terminado. Así se obtiene un croquis que exige centenares de imágenes.

"Después, para animar el sujeto representado, hay que preparar tantos croquis distintos como actitudes diferentes tome en la escena el modelo, por lo cual para las proyecciones de esta clase se necesitan dos o tres mil imágenes".

HABLA EL INVENTOR

EMILIO Cohl, el inventor del género, declara:

"Nadie ignora que se toman a cada vuelta de manivela ocho imágenes fotográficas y que una vuelta dura medio segundo. Si un señor, por ejemplo, saluda quitándose el sombrero — durante el segundo en cuestión, — el aparato registrará dieciseis veces al personaje en la acción del saludo o, dicho de otro modo, y obtendrá dieciséis posiciones diferentes.

"He aquí, ahora, el truco de los dibujos animados. Se trata de substituir las dieciséis fotografías del señor que saluda por dieciséis fotografías de dibujos ejecutados previamente y que representan al mismo personaje en las diferentes posiciones de su acción.

"Claro que una película no supone sólo un señor que saluda. Por tanto, hagamos la cuenta de los dibujos animados que necesita una película de esta clase: si un segundo de proyección son dieciséis dibujos, un minuto novecientos sesenta, y los diez minutos que generalmente duran estas cintas, significan unos nueve mil seiscientos dibujos, después, hay que fotografiar uno por uno".

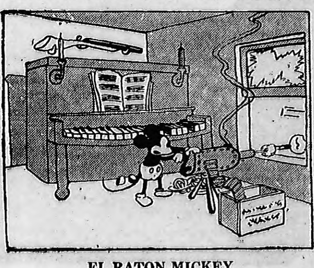
(*Resumen del libro "Los films de dibujos animados", de Luis Gómez Mesa*).

EL GATO FELIX

ESTE es el formidable Gato Félix, que hasta ha inspirado algún foxtrot; el gato alegre, el gato aventurero, el gato poderoso, que corre más que todo el mundo, que salta más que cualquiera y, sobre todas las cosas, que es más inteligente que ningún ser conocido. Personaje fabuloso, de apariencia animal, de hechos humanos, siempre apto para causar el más franco y sano regocijo en las almas ingenuas. Una verdadera creación artística. Su actuación se ha difundido a través de películas tan memorables como las siguientes:

Félix en el Polo Norte.
Félix y la bella Fátima.
Félix, defensor del débil.
Félix vive un cuento fantástico.
Félix, buen muchacho.
Félix, los cuervos y el wisky.
Félix, detective por piedad.
Félix, víctima de un error judicial.
Félix en la guerra.
Félix, medium.
Félix en el Museo de Historia Natural.

Bastan estos títulos, conociendo el personaje, para darse un idea de las aventuras desarrolladas a lo largo de cientos y cien-



EL RATON MICKEY

tos de films impresos cuadro a cuadro, rasgo a rasgo, con infinita prolijidad, infinito cariño e infinito ingenio.

Al advenir el cinema sonoro, Félix — que no entiende de música ni de canto y que ni le gustan — se oscurece; y al final se ve obligado a retirarse de la pantalla.

Mickey (en español, el Ratoncito Pérez), que tiene una bonita y bien timbrada voz y una gran afición filarmónica, se ofrece a una compañía recién constituída; y por su frescura consigue un contrato.

Debuta en un papel sin importancia, pero su actuación le hace importante; y, aclamado por el público, pronto hereda la popularidad de Félix.

Mickey es un humorista y un experto conocedor de los resortes del éxito. "Varietés" — su mejor película — sucede en un teatro, en un salón de espectáculos repleto de un público abigarrado y heterogéneo: burros, caballos, cabras, chanchos..., pero sin simbolismos: reales. Forman la orquesta distintos ratones, salvo el del bombo — que es un hipopótamo — y los violinistas. Y se alza el telón. Comienza la función.



Una rata baila la danza del vientre; y sus contorsiones incitantes son coreadas por los espectadores de la galería. Una cerrada ovación premia el número.

Luego, Mickey tocará el piano... si lo consienten los interesados, pues la banqueta le propina una coz y el piano una patada soberana. Tranquilizados éstos, Mickey, ya en postura de virtuoso, empieza su concierto. Algunas teclas se sublevan y suenan a destiempo, sin previo mandato. Y Mickey las castiga haciéndolas un nudo.

Termina su pieza Mickey; y músico, piano y banqueta saludan al respetable.

Y lo mismo que pisa un escenario — y es aplaudido — Mickey va a la guerra, o de veraneo a una aldea pacífica, o visita a Nueva York o al Oeste. Es múltiple en sus caprichos y en sus habilidades. No en balde su renombre es universal.

LA MUJER DE 1900

LA mujer de 1900 era una mártir que soportaba y disimulaba con heroica sonrisa todas las aflicciones y todas las torturas.

Ante todo y sobre todo, había que tener "talle", y el talle ideal era el que podía ser abarcado con dos manos de un tamaño medio. Conseguíase este talle del modo siguiente: se colocaba el corsé flojo, ceñíase con las manos por los lados, conteniendo el aliento, y entonces la doncella apretaba con todas sus fuerzas. Tras un pequeño descanso había que contener de nuevo la respiración y la doncella volvía a apretar. Repetido esto muchas veces, endosábase una el traje, provisto de abundantes ballenas, y luego se ataba un cordón con ojales y corchetes. La mayor parte de las veces el cordón se cerraba, y entonces se le hacía pasar por unas presillas, hasta que el vestido quedara del todo ajustado.

El peinado exigía, cuando menos, una hora. Infinitas horquillas de varios tamaños sujetaban rizos y coletas, propios y postizos. Encima de todo ello se encasquetaba una un enorme sombrero, sostenido por largos alfileres. A menudo sólo estaba adornado por una parte con flores y pájaros, así que todo el peso caía a un lado.

Al cabo de diez minutos le dolía a una la cabeza terriblemente, el corsé no dejaba respirar, las ballenas se clavaban en el cuello, los enormes bullones de las mangas obstaculizaban todo movimiento natural. Y, a pesar de todo, las mujeres sonreían, heroicas, paseo adelante, sosteniendo en alto la cola con la fatigada mano.

Exigiría un capítulo especial el acomodo del portamonedas y del pañuelo. Llevaban los vestidos, por detrás, una abertura, cosa peligrosa, porque se desecoía fácilmente, y entonces se decía: "Relampaguea", y una mano asustada palpaba por detrás. Si quería llegar al bolsillo, tenía que soltar la cola, y empezaban las tentarujas y rebuscas. Cómo se las arreglaba una para no dar con lo que buscaba, no lo sé; pero el hecho es que no se encontraba nunca. Veíanse por las calles mujeres y más mujeres palpándose angustiosamente por detrás, desencajado el rostro, desesperanzadas de asir la cola o no acertábamos con los ojales y corchetes.

Piernas, naturalmente, como si no se tuvieran, en un tiempo en que, por fuerza, el caballero había de preceder a la señora al subir una escalera para no dar lugar a la sospecha de que quería verle las pantorrillas. Desde el momento en que la chica se ponía su primer vestido largo, con el que iba muy orgullosa y tropezaba muchas veces, nadie debía imaginar que tenía algo más arriba de los tobillos, y aún éstos no había que mostrarlos a las claras.

Para la calle se usaban botines; el uso de los zapatos escotados se consideraba inconveniente fuera de casa. Los botines estaban provistos de toda una serie de botones, y cuando más prisa se tenía, rara era la vez que no saltaba alguno. Lo mismo ocurría con los guantes del traje de baile, que llegaban hasta el hombro apretando y congestionando el brazo, y que eran, además, carísimos.

Hoy nos parece un enigma cómo podía llevar la mujer de 1900 aquellos bullones en las mangas, aquel talle de avispa aquellos arriates de flores y pájaros en la cabeza y, con todo, parecer linda. Pero así era, y hasta se las componía para estar graciosa y tener movimientos seductores; sin duda, porque así se lo enseñaban desde niña. Aún me acuerdo con horror del armatoste que, sostenido por dos largas varillas, llevábamos a la espalda para adquirir un porte digno.

Había otro ejercicio, aún más divertido, encaminado al mismo fin; poníanle a una en la cabeza un vaso lleno de agua hasta los bordes, y había que recorrer dos veces el pasillo, sin dejar caer el vaso ni derramar una sola gota.

Enseñaban también a las señoritas a sentarse, a levantarse, a entrar en la habitación. Las damitas no debían sentarse nunca en sillones; todavía recuerdo la indignación de mi padre en cierta ocasión en que, rendida por una larga caminata, me dejé caer frente a él en una "chaiselongue".

No sé cuántas veces me dijo: "¡Ahí, precisamente, ahí! Pero ¿qué es eso?", ni cuántas más dirigió a mis pies miradas de cólera y reproche, porque, bajo la fimbria de la falda, asomaban los nefastos tobillos.

(Del libro "Fin y Principio" de la Condesa Hermimia Zur Mühlen)

(Viene de la página anterior)

cillerías, de esta manera, se habrán visto obligados a aceptar los hechos. Y los aviones se remontarán, dispuestos al bombardeo, a la difusión de los gases mortales. He aquí lo irreparable...

Polonia llama a Francia, le recuerda que es su aliada. Está obligada a defenderla en caso de ataque.

Francia responde que, por el momento, las sanciones contra el agresor deben ser recomendadas por la Liga. Como primera medida, a su vez, acude al consejo, que sesiona permanentemente.

Pero ¿quién es el agresor? ¿Polonia? ¿Alemania? El consejo no llega a ponerse de acuerdo. En tales condiciones se ha perdido muchísimo tiempo. Es preciso obrar. Y las tropas republicanas penetran en Renania y pasan el Rhin...

En tales momentos, Italia protesta; por el tratado de Locarno ella ha garantizado a Francia contra una agresión alemana, pero también a Alemania contra una invasión francesa. Francia ha violado el tratado de Locarno. Italia le declara la guerra.

Polonia, Alemania, Francia, Italia, Yugoeslavia, Hungría, Checoeslovaquia, comienzan a arder una tras otra. La guerra europea ha estallado. Desde lejos o desde muy cerca la contemplan América del Norte y Rusia... (De la revista francesa "VU").


Limpia - Purifica
Desinfecta
y No Raspa
Perlificar
la dentadura sólo es posible con el más científico de los dentífricos, el "Dentífrico DUBARRY".
Desinfecta, purifica, desodora, limpia bien y no raspa.
Sin cepillo
Gran desodorante y especialmente del cigarrillo.
Colocar un centímetro de la pasta — blanca o rosa — sobre los dientes, extenderla con la lengua sobre los mismos y las encías, dejar un instante y luego hacer buches con agua fría o tibia.
Señoras, Caballeros y Niños
con el uso diario del dentífrico Dubarry mejorarán cada día más su dentadura porque es el más científico de los dentífricos; y si compran el "tubo grande" recibirán una agradable sorpresa porque cada tubo grande" lleva de obsequio, y a título de propaganda, una bonita "bijouterie"
Perfumería Dubarry